

BIOGRAFIA Y RETRATO FISICO Y MORAL DE "LA CELESTINA"

El catedrático de Historia de Literatura Castellana de esta Facultad, Dr. Raúl Barrenechea, propuso a sus alumnos de 1.º y 2.º año de Letras, del año pasado, como tema de clase, hacer, a base de una lectura de la obra, la "biografía y el retrato físico y moral de "La Celestina", la célebre protagonista de la tragicomedia del bachiller Fernando de Rojas.

De los temas presentados ha escogido el propio catedrático algunos trozos, que son los que enseguida se insertan y en los que se destacan sutiles observaciones y felices aciertos de interpretación artística sobre el inmortal personaje de la literatura española.

✓ RETRATO Y SEÑAS

Era flaca de constitución, de baja estatura y plebeya, barbuda y vivaracha. Su cabello plateado, la fuga de sus muelas, el hundirse de las mejillas y su piel apergaminada, manifestaban el peso de 60 años. Tiempo de vida que le quitara el vigor de sus fuerzas, su gallardía en el andar y sus pisadas rotundas y sonoras, trocándola en una arpía, medio sorda y de vista ya empañada. Como recuerdo de su juventud que retozó en las espumas del licor, ante miradas hirvientes del ardor varonil, muestra en su rostro una cuchillada de sesgo, que recibiera al discutirse su persona.

Ya desmolada, tenía un comer poco y despacio y más que masticaba engullía los alimentos, los que fueron reemplazados por la be-

bida, que en vez de cuchara de sopa a ella le convenía un trago de vino. De día ni de noche jamás le faltara su jarrón de licor. En invierno le servía de reconfortante y en el estío la refrescaba. Tanto bebía, que lo aguardientoso de su garganta olía a media cuadra.

Es la mujer mas conocida en toda la ciudad, quien no la conociera pasaría por extranjero y quien no visitara su camarilla corría el peligro de pasar por eunuco. En el lugar en que se topara con ella, se la llama con el nombre de **vieja pública** (es otra la frase del texto) a la que corresponde con una venia cariñosa. En su presencia las aves no cantan otra cosa ni las bestias rebuznan, sino ese adjetivo altisonante. Hasta las piedras revientan esa aleluya.

V. Julio ESCARCENA

LA CASA

La casa de Celestina estaba situada en los extramuros de la ciudad, era el lugar de cita de las sirvientas de las casas, de estudiantes, despenseros y mozos de abades. En tiempo honesto, Celestina no dejaba ni misas de gallo y de alba ni procesiones de noche y a su casa se vieron entrar, dice Parmeno a su amo, hombres y mujeres contritos y arrepentidos a llorar sus pecados, para allí mismo volverlos a cometer.

Biblioteca de Letras

✓ «Jorge Puccinelli Converso»

LA ELOCUENCIA

Como carecterística del pícaro hemos señalado su elocuencia. Celestina razona como casuista. Sus argumentos son planos inclinados. Pronuncia un número enorme de refranes. Los refranes son como dogmas o axiomas para los que la escuchan. A estas cualidades hay que agregar su oportunidad y su conocimiento del corazón humano.

Conoce la pasión de Calixto y admirablemente la sabe explotar: "toda tardanza es tormento", dice.

✓ LA HONRA

El único móvil de Celestina no es el dinero. Aunque el Bachiller Fernando de Rojas fué judío, su heroína es española. La prostituta española es la mas femenina y la menos comercial de las prostitutas, dice Frank; lleva la cruz en el pecho y quien besa sus labios, besa mi-

sericordia. Celestina obra hasta por amor y siente placer en el goce de los otros. Otro móvil es su honra. Lo que mas la halaga es que le digan vieja honrada. Teme salir mal en la aventura a la que la ha medido Calixto porque su honra va a sufrir menoscabo. "Yo soy en esta profesión, dice la vieja alcahueta, como cualquier oficial en su oficio".

Mario ALZAMORA.

LA ALEGRIA EN EL TRABAJO

Pero ahora es una viejecilla bajita y regordeta como una avellana— el tipo de la española de su clase— en cuya cara de manzana se respinga la nariz oteadora y chispean los ojillos. ¿Dientes? No conserva ninguno en las encías. ¿Arrugas? Al rededor de los ojos y más por la costumbre de reir. Los cabellos deben ser cenicientots bajo las tocas de la época; las manos manchadas con todos los mengurjes y remedios; los vestidos de merino negro atesoran un cargamento de polvo y de ellos se exhala olor a yerbas, a untos y a cuanta porquerías la sirven para sus hechizos.

Esta bruja, que no es larga ni seca como las brujas legendarias, es alegre y zalamera; dicharachera y cariñosa. Llama a sus clientes: "¡Rey mío! ¡Hijito! ¡Picarillo!" y se sonríe con ellos.

Sara Margarita HERNANDEZ

Biblioteca de Letras

EL SENTIMIENTO DE ORGULLO Y DE PODER

Areusa, pupila de Celestina, nos descubre el sentido de ser ramera: "las putillas buscan en la perdición su independencia, el pertenecerse a sí mismas". La mujer de la clase media, que no lo es, está sujeta al trato y poca gratitud de sus patronas. En su juventud el espíritu de la Celestina puede encajarse dentro del temperamento de la ramera. Pero en su vejez su erotismo ha sufrido una transposición en el deseo de dominio. Ella busca el dinero, pero como vehículo del poder. Así le dice a Parmeno: "a tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo", y luego: "cobra amigos, que es el mayor precio mundano. La fortuna dá amigos y es menester amigos para conservarla". La Celestina ve en el dinero el productor de placeres, y el mayor, es poseer ascendiente.

.....
En sus empresas es audaz, con la audacia del que prefiere cumplir como osado lo que prometió y no quedar como cobarde. Y es que

la Celestina quiere demostrar, ante todo, su competencia, su eficacia. En ella significa extraversion, tiene el sentido del honor que descansa en los demás, el honor con que todo español naciera, pero que en ella se identifica con el orgullo de su eficacia. Nos dice: "nacida en esta ciudad, en ella he sido criada y mantengo honra como todo el mundo lo sabe y lo conoce". Y luego; "alcahueta, vieja falsa, pecadora vieja, son nombres ignominiosos de que se asustan los niños". Es que para ella nada significaban.

En otras escenas hablando consigo misma recuerda los tiempos pasados en que tenía muchas pupilas y todas le obedecían. Podía mandar y hacer parejas. Su fama era grande. Reverenciada por caballeros, viejos y mozos, abades de todas dignidades, desde obispos. Al entrar a la iglesia derrocaba bonetes como si fuera una duquesa.

Gonzalo OTERO LORA.

EJEMPLARIDAD DEL PERSONAJE

Si Miguel de Cervantes recurrió al remedo irónico para estirpar la melosa CABALLERIA ANDANTE y quiso también sentar el sublime genio de la Lengua y el bello arte de su expresión; Fernando de Rojas abordó sencillamente el "estudio psicológico y análisis del alma femenina en subido color", quiso avisar la palpitante realidad de esos ardites en las aventuras amorosas y con esto prevenir, valiéndose del arte, a los ensoberbecidos padres, junto con sus orgullosas hijas.

SUPERSTICION: IGNORANCIA

Sólo la ignorancia es supersticiosa y reconoce su ciencia en la hechicería. Efectivamente, el prólogo de la seducción de Celestina a Melibea consiste en el atavío de mil y un simplezas y en la ferviente llamada a Satán, de quien Celestina se reconoce su "clienta". Y en su marcha al palacio del señor Pleverio estudia sutilmente las ocurrencias a su paso; así interpreta el bello éxito de su empresa, porque se había encontrado sólo con cuatro hombres y de estos con dos cornudos. Ha oído hablar de amores. No tropezaba. "Las piedras, decía, parece que se apartan y me hacen lugar que pase. Ni me estorban las haldas ni siento cansancio en andar. Ni perro me ladra ni ave negra he visto, tordo, ni cuervo ni otras nocturnas". Celestina supersticiosa y hechicera, por tanto ignorante.

Celestina ni fué esclava del diablo, sino que de Plutón se sirvió

en sus artimañas. Por lo demás, su religión fué el éxtasis de los placeres carnales, primero, y después el saborear las dulzuras ajenas.

Bernardino VILLEGAS

AUSTUCIA: AUDACIA. ✓

A partir de este momento— el de la seducción de Melibea— y hasta su consumación, la Celestina nos presentará sucesivamente una serie de escenas de su vida, elástica y pérfidamente abismal. Unas veces fingirá magistralmente temor y recelo, otras mogigatería e inocencia para librarse de los peligros a que la arrastran los azares de su in-noble oficio. Pero en todo momento, como un genio de la perversidad perserverante, recurrirá a su inquebrantable osadía, y a su estrella protectora. “¡Oh buena fortuna, como ayudas a los osados y a los tímidos seres contraría. Nunca huyendo huyó la muerte el cobarde”. “Así la vemos caminar, enhiesta y segura a casa de Melibea, sin amedrentarse ni vacilar, murmurando de camino: “Esfuerza, esfuerza, Celestina, que nunca faltarán rogadores para mitigar las penas. Todos los agüeros se aderezan favorables. . . Las piedras parecen que se apartan y me hacen lugar que pase, no me estorban las haldas, no siento cansancio al andar”. ¡Y cuanta seguridad encubierta hay bajo su semblante contrito e inocentón cuando, ante la explosión de cólera que el pudor de Melibea finge al escuchar el objeto de sus secretos deleites, murmura entre dientes: “Mas fuerte estaba Troya, y aún otras más bravas he yo amansado: ninguna tempestad mucho dura”.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»
MATERIALISMO: HUMANIDAD

La esencia del mundo para esta edad aciaga lo constituye el sustentáculo material de la vida: el dinero. Y lo que pasa con la vejez humana sucede con la ancianidad de las naciones y cultura. Dígalo si no el sentido materialista de nuestra época que halla su consagración cabal en el materialismo histórico que tanto asusta a los románticos, los mismos que dicen pestes contra la Celestina, todo porque es una buena vieja, una mujer auténticamente humana y humanamente perfecta. De lo contrario la pobre Celestina sería una romántica, sin ninguna importancia para la vida a la que sirve con desagrado y a la que acaso abomina, como todo buen romántico. La importancia capital de la figura execrada de la Celestina está precisamente en que es una mujer perfecta como vieja beatona, así como hoy son hombres perfectos, de su época, aquellos que no fruncen la nariz al oír hablar de política económica.

LA VIDA CONTRA LA MORAL

Después de todo Celestina tiene una sola y única maldad: es su conocimiento profundo de las debilidades humanas, sabe cuan frágil es nuestra naturaleza y que hay resolución que dure cuando el secreto impulso de la vida alienta por debajo. Es su única maldad. De allí su compadrazgo con Plutón, símbolo del pecado, de la materia, de la vida. La moral y la vida son dos oposiciones capitales. Y Celestina no tiene nada de moral, ni lo necesita, ni nadie lo necesitaría si se tuviese en más aprecio la vida por la razón.

Pedro S. MONGE

LA RELIGION DE EPICURO

Si pidió "confesión" fué porque estaba impregnada del fanatismo religioso que caracteriza a toda beata, trota-conventos. La falta de fé y de conocimientos de los deberes de la iglesia la hacía ofrecer sus servicios a los frailes y monjas, sembrando la corrupción con su repugnante oficio en los conventos. Ella era partidaria del amor libre, pues en sus consejos a Elicia y Areusa les decía que debían tener tres hombres, "uno en la puerta, otro en calle y otro en la cama". Esto hacía Elicia con Sempronio y la Celestina encubría.

Biblioteca de Letras

Armando Sara QUINTANA
«Jorge Puccinelli Converso»

LA MAESTRA DE PLACER

La Celestina era una infeliz, esclava por entero de los vicios; siempre ansiosa de vivir por medios ilícitos; maestra consumada en sus artes. En sus mocedades explotó su cuerpo, comerciaba con él, y aún, cuando tenía sus años no desperdiciaba la oportunidad de gozar. Cuando Pármeno era niño y vivía con ella lo abrazaba, lo besaba, quería gozar con él; pero Pármeno le huía porque oía "a vieja". Se entregaba a jóvenes, a sacerdotes y a todo el que desease; por lo que era conocida universalmente por el nombre de "vieja puta", de lo que ella se vanagloriaba, hasta el extremo de que si la llamaban por su apodo delante de mil personas volteaba y sonreía. Tanto se le conocía por su sobrenombre, que cuenta Pármeno, que si decían la frasesita entre cien viejas ella volteaba; si rebuznaba un asno a su paso era para decirle su sobrenombre; si cuando pasaba chocaban dos piedras era para insultarla.

C. Pacheco BENAVIDES.

LA CIENCIA DE VIVIR

La Celestina es pues, ante todo, un tipo verdadero y puramente humano. Es el tipo de la mujer astuta, hábil, inteligente, concedora profunda del mundo y de la vida, y por consiguiente y sobre todo, una gran vividora. De tal modo que podría ser comparada, quien sabe, a uno de los dos tipos tan bien creados y retratados por el gran ingenio de Cervantes, y la Celestina vendría a ser entonces el Sancho Panza femenino.

Luis LAURIE SOLIS

EL DEMONIO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI

La Tragicomedia de Rojas no trata de los amores de Calixto y Melibea, aunque el título así lo declara, sino de cómo el Demonio poseía a la Celestina y de cómo la Celestina retuvo en su cuerpo al mal espíritu, que ya quería irse de ella. Pero antes que nada, hablemos del demonio y de España, que es en una ciudad española— Salamanca, Toledo o Sevilla,— donde la Celestina vive y muere. Diremos que el Demonio, por los siglos XV, XVI y XVII, es uno de los fundamentos máximos de la religión en España. La santidad católica de muchos españoles habrá de buscarse en un primitivo y real temor de Satanás. El temor de Dios le ha de venir después. Todos en España le habían visto algunas veces con los ojos de la carne. Nada había más real de nuestra realidad en la España de aquellos tiempos que el Satanás antropomorfo. Cornudo, rabudo, azufroso, el Demonio era la más importante y viva visión de España. El Santo Oficio lo perseguía como malhechor, y habría puesto precio a su cabeza de haber sabido de alguien osado a cortarla. Y Satanás, así acosado y perseguido, era empero el amor por el terror, y tan en su propio reino se sentía en España que prefería sus desgracias de ahí a sus placeres de Francia, donde más de un santo abad se trataba con él hallando en ello honesta y grande diversión, si no mienten las hagiografías de France.

Sus primeros años apenas los conocemos. Por cortas referencias de ella, averiguamos que los dedicó a la prostitución y que sólo después fué lo que es en la tragedia de Calisto y Melibea, hechicera y alcahueta, hilandera y perfumista. En los últimos tiempos vive en una casa de las afueras de la ciudad, ejerciendo tales oficios, unos para ocultar otros y todos para procurarse un pedazo de pan y un sorbo de vino. Viven con ella dos prostitutas jóvenes, una de las cuales ha predispuesto el Diablo que sea amante de un criado de Calisto.

La Celestina es una fuerza alteradora que sólo puede ser observada en sus efectos exteriores. Es acción, pura acción inteligente. Es el

Diablo mismo en función. No tiene ni nacionalidad ni raza ni fé. Así, es el único personaje verdaderamente universal de la tragedia en el libro de Rojas. En la España de sus días es una endemoniada. Su designio es desviar al mal el curso de las vidas, someter al vicio el ánimo del hombre, remediar lo malo para que perdure, precipitar la caída, impedir el arrepentimiento. Conozcamos, pues, a la Celestina en sus obras y hechos y por ellos.

.....

Detengámonos en esta vacilación de la Celestina, que está escrita en el acto tercero. Tratemos, si no de explicarla, a lo menos de explicárnosla.

—¿Cómo... De cualquier manera. Por ejemplo, de ésta: El mal espíritu no poseía ya a la Celestina. Era la Celestina quién poseía al mal espíritu. Hemos conocido a la gran alcahueta cuando su vida se aproxima apresuradamente al fin. No cuando vendió tres veces por virgen a una moza, y toda la comitiva del embajador de Francia, cuyo nombre se calla en la Tragicomedia, y quizá el embajador, hubieron de someterse por el tiempo que en la ciudad pasaron, al oficio de la Celestina, que eso era la Celestina, poder de oficio, oficio de extraordinarios poderes. Tampoco la conocimos cuando proporcionaba mujeres a los abades, como sabe Lucrecia, criada de Melibea. La conocemos en las postrimerías de su oficio, que, repetimos, es ella misma. La conocemos por la Tragicomedia, en pretérito imperfecto. La conocemos, o hemos de conocerla, a través de algunos actos en una sola acción. La conocemos cuando se altiva de su vida pasada, tan llena del Demonio. La conocemos cuando es susceptible de dudar de su fuerza interior. La conocemos cuando conjura con fé al Demonio objetivo, al triste Plutón, señor de las profundidades infernales, ella, que jamás creyó sino en su propio Demonio. Su Demonio está abandonándola. Y es tan así, que, moribunda, pero preparada ya para morir, de tiempo atrás, en las ansias postreras pide confesión, sólo confesión, cuando se convence de que ayuda alguna ha de venirle. Esta resignación a lo metafísico de la gran física, este no querer morir de la que ya había muerto, ¿no revela acaso que es la Celestina solamente una española común que urge morir cristianamente tras una vida pecadora?

La Celestina había perdido su espíritu. Apenas le queda su alma.

La Celestina es una científica de la vida. No le interesan los primeros principios ni las últimas causas. Va directamente a las cosas mismas, las estudia en su función, las clasifica, todo para utilizarlas. Su filosofía en su espíritu, su demonio omnisapiente que preña a la poseída de intuiciones. Pero el oficio de la Celestina es realizar el sentido y no conocerlo en sentido y como sentido. Hay que distinguir, pues, en la Celestina, a la intuitiva de la "sciente", al demonio de la Celestina de la Celestina endemoniada, al sentido y el principio de la Celestina viva, operante, alcahueta, a la teoría de la Celestina de la práctica de la

Celestina. Es verdad que en su intuición está activa ya su función. Pero su intuición nunca trasciende de sus objetos de experiencia. Orientada enteramente a la eficiencia, solo intuye lo que ha de saber, ya que su misión es encarnar al demonio de una ciudad española del siglo XVI. Es una sicóloga behaviorista, pero los escolásticos ignoran el behaviorismo. La endocrinología y exocrinología, la duda del alma, la ciencia son luces del siglo XIX. Y, agudamente, va la Inquisición a su única reacción posible: azotan y encorozan en ella al Demonio los inquisidores. La Celestina ha descubierto científicamente, con ayuda de Satanás, la verdad de la carne. El alma existe. (La Celestina, en lo que es carne española, lo sabe y lo cree), pero procede como si el alma no existiera, y explicándose el alma por el cuerpo, y acertando en el tratamiento de la carne.

La Celestina es un cuerpo habitado de un espíritu desaparecido hoy en su nombre y realidad de entonces. El Demonio se transforma en el tiempo de uno en otro, de un temor humano en otro temor humano, de una operancia, de un fin en otro fin. Diría la Celestina que la humanidad es invariable, que los hombres de hoy son los mismos de ella y que lo que cambia es el Demonio tan sólo. De abrir hoy en Nueva York o Londres su perfumería, prostíbulo, casa de citas y encajería, habría de ser poseída de un demonio distinto del que la poseyó en una ciudad española de fines del siglo XV si en ella quería ser vecino de la ciudad el Diablo. Encarnaría ella a un diablo económico como antes encarnó a un diablo religioso. Y podría seguir siendo una vieja salmantina, sevillana o toledana, desdentada y con chirlo en el rostro. Porque es un instrumento.

En un mundo de pasiones arrebatadas, de ciegas fortunas, de obcecaciones y violencias, la Celestina impone su orden admirable. Nada ya escapará a su poder y voluntad. Ha vivido luengos años en esta condición magna: dando mozas a los frailes, remendando virgos, haciendo lo que sólo ella puede hacer. Ha sido siempre la última esperanza de los abatidos, el único poder de los impotentes. Pero la codicia domina la carne de la Celestina, vieja carne sedienta de buen vino y hambrienta de pan blando. El ideal del mal de los días heroicos, en la Tragicomedia, con el abandono del Demonio, va deviniendo un arquetipo de alcahueta, algo ordinario en su perfección común.

Cuando la Celestina acaba su obra fatal, inhumana; cuando cesa de encarnar al mal destino en lo que es designio regular, cae en su humanidad, en su vicio, completamente. La gran experta en pasiones muere víctima de su pasión. La dominadora de hombres muere a manos de hombres, y de los hombres que ella dominó más. Y, aquí en el fin de la carne, está el fin de la Celestina. Ya su demonio había huído de ella.

Rafael de la FUENTE BENAVIDES.